

LOS NACIMIENTOS

Un símbolo de la convivencia humana

Coincidiendo con la festividad de hoy, incluimos en nuestras columnas, el artículo de N. D. que el pasado año fue premiado con un Accesit especialmente creado para él, en el Concurso Periodístico de la Navidad de Begonte.

La celebración de la fiesta de Navidad es un símbolo de la convivencia humana. La Navidad, tal como hoy la conocemos, nació en el regazo de Francisco de Asís que conversa en el bosque de Gubio con el hermano leño, predicando a las aves, y organiza la primera misa del Gallo, teniendo un buey y una mula a los lados del improvisado altar que nos describe el inimitable libro de las Florecillas.

UN MUNDO DISTINTO

Estamos en el siglo XIII, y el mundo feudal, ferreamente estructurado tras la cristianización de los bárbaros, comienza a resquebrajarse, viendo aparecer como enemigos, frente a sus instituciones, las villas y ciudades que ofrecen amparo y libertad a sus habitantes. El mundo de las abadías se va haciendo poco a poco lejano porque, su gran labor colonizadora, que lo dotó de posibilidades económicas desaparece al perder importancia las almenas. Pueblos, ciudades y villas, el mundo bullicioso de los goliardos, la creación de los gremios, las desviaciones heréticas de los cátaros y los patarinos buscando un Dios cercano, íntimo y próximo, están conformando un nuevo orden de vida, para el que el comercio abre fronteras que llegan hasta el Katay de Marco Polo. Y Kempis escribe la «Imitación de Cristo» que va a ser el esqueleto de la escética cristiana de ahora en adelante.

Como expresión de vitalidad del cristianismo, dos alma gemelas, pese a su diversidad, Domingo de Guzmán y Francisco de Asís, crean las órdenes mendicantes, que traen la vida monástica hasta los nuevos núcleos humanos de convivencia, para los que los reyes dictan fueros y privilegios. Las órdenes mendicantes son un afán de acercamiento de la vida religiosa a las clases humildes, a los sectores laborales de aquel tiempo, presentándose no sólo como un ejemplo de perfección sino también como un testimonio de vida cristiana en el quehacer diario.

EL SIMBOLO DE LOS NACIMIENTOS

El hombre de entonces, el hombre libre de la ciudad y la villa, que se sabe capaz de defenderse y prosperar agrupado entre sí, luchando codo con codo, quiere un puesto de participación activa, aunque sea más o menos lejana, tanto en la fe como en la política, de ahí que incluso la piedad adopte un matiz más humano, más sencillo y menos embarado, perdiendo contacto humano en la fastuosa liturgia de las catedrales, y reviviendo en las celebraciones pietistas de los desenclavos

cuaresmales y los nacimientos navideños, en donde cada hombre sencillo ve simbolizado su vivir, como fórmula de redención santificadora.

Para el rey de Nápoles que luego sería nuestro Carlos III, se construyó muchos años más tarde, un belén con pastores vestidos a la federica. Era una nueva versión, en el mundo barroco, de los belenes que reproducen oficios, profesiones y costumbres, en torno al Dios humano que, como cada vecino de aquellas comunidades, nace y vive entre las gentes del pueblo, desdibujando así definitivamente la imagen del Cristo majestad, coronado como el basileo de la lejana nueva Roma de Constantinopla.

La eternidad del testimonio de la Navidad, su presencia como dinámica, su agonía en el sentido unívoco de la palabra, son una negación a cualquier intento de anquilarla en un momento concreto aportando siempre un matiz divino a los logros humanos. En cada instante, y según las aspiraciones y necesidades de cada momento. Salvando incluso las diferencias de culturas distintas, y hasta la limitación de una exclusiva celebración religiosa, como puede acontecer en las iluminaciones navideñas de Tokio, capital de una nación no cristiana para la cual estas fiestas aportan un testimonio de la importancia de la vida familiar y social de tan profunda raigambre en sus fronteras.

LA NAVIDAD GALLEGA

Galicia, desde su pujante edad media en la que Cluny pisa para ella un camino de estrellas hacia Europa, definió la categoría de su actual cultura. Su feudalismo efímero del centro de la península que causa, según Ortega, la España invertebrada, sino que lucha denodadamente para no morir tratando de adaptarse o vencer ese mundo nuevo cuya apoteosis va a ser el Renacimiento.

Conventos de frailes dominicos y franciscanos, cuya historia llegaría hasta las partidas de la Guerra de la Independencia o de aquel don Carlos que nunca llegó a rey, fueron apareciendo al lado de las villas gallegas y en el fondo de sus rías. Su influencia es tal que llega a cambiar devociones y patrocinios, quitando al San Antonio de las abadías la protección de los animales domésticos, por ejemplo, para encomendarla al santo predicador de Padua cuyos santuarios se convierten en centro de peregrinación para depositar ofrendas.

La vida gallega, nimbada como ninguna de esa piedad romántica que incorpora cultos y veneraciones ancestrales a la fe cristiana, vive como en su propio mundo en ese escenario de estrellas que anuncian buenas nuevas, y ángeles que hablan con los pastores en la ladera de los montes por cuyos caminos vaga la Santa Compañía.

La vida familiar, desde la matanza al hilado del lino, los oficios aldeanos que van realizándose de casa en casa, y hasta las aficiones, como la caza y la pesca, van incorporándose, poco a poco a los nacimientos en donde, casi inconscientemente, los pastores llegan a vestir de calzón corto y montera, y las pastoras con dengue y refajo.